

S E R I E 2 0 2 6



UNA IGLESIA QUE ARDE

Una Iglesia que arde
"Cuando Jesús reina, la Iglesia nace"
Copyright © 2026

Solicitud de información:
Primera Iglesia Evangélica bautista de Santiago
Compañía de Jesús 1730, Santiago de Chile

Creación y Redacción: Pr. Andrés Santibáñez O.
Diseño y Diagramación: Matías Campos J.
Desarrollo editorial de la Primera Iglesia Evangélica Bautista de Santiago.

Todas las citas bíblicas de esta versión, salvo indicación contraria, proceden de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Usado con autorización de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (eléctrico, fotocopia mecánica, grabación o cualquier otro), salvo una breve cita en reseñas impresas, sin la autorización previa del editor y el autor.

www.piebs.cl



*Los que se habían dispersado predicaban la
palabra por dondequiera que iban.*

Hechos 8:4 NVI

CAPÍTULO III

CUANDO LA IGLESIA SANGRA, EL EVANGELIO SE EXPANDE



En Hechos 7:51-60 hasta 8:26-40 la historia de la Iglesia primitiva alcanza su punto de quiebre. Lo que había comenzado como tensión con el poder religioso ahora se convierte en sangre derramada. El primer mártir cae. La persecución estalla. Los creyentes huyen de Jerusalén. Y, sin embargo, lo que parece el final de un movimiento es en realidad el inicio de su expansión más radical. Porque el Espíritu Santo no depende de condiciones favorables para cumplir sus propósitos.

El resumen anterior cerró con Esteban frente al Sanedrín, predicando un sermón que recorrió toda la historia de Israel para mostrar un patrón doloroso: el pueblo de Dios siempre resistió a sus enviados. Ahora Esteban lleva esa acusación hasta sus últimas consecuencias:

*¡Tercos, duros de corazón y torpes de oídos!
Ustedes son iguales que sus antepasados:
¡Siempre resisten al Espíritu Santo!*

Hechos 7:51 - NVI.

No hay diplomacia. Esteban no presenta un discurso equilibrado ni un diálogo reconciliador. Presenta una verdad que deja a todos incómodos. Los llama incircuncisos de corazón y de oídos. La reacción de ellos es inmediata. Rechinaban los dientes. La misma verdad que llena a Esteban de claridad, los llena a ellos de una profunda rabia. No es falta de información. Es resistencia activa contra Dios.

Pero entonces ocurre algo extraordinario. En medio de esa hostilidad, Lucas registra que Esteban,

lleno del Espíritu Santo, fija la mirada en el cielo y ve la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha del Padre. En todo el Nuevo Testamento, Cristo aparece sentado a la derecha de Dios. Aquí está de pie. Se levanta. Cristo no es espectador pasivo del sufrimiento de su testigo.

La visión no es un esfuerzo místico. Es fruto de la plenitud. Lleno del Espíritu, fijó la mirada, vio. La presión no crea carácter, lo revela. Aprieta una esponja y sale lo que absorbió. Lo que sale de Esteban bajo la presión máxima no es pánico ni resentimiento: es visión, confesión y perdón. Y eso no sale porque Esteban sea extraordinario, sale porque está lleno de alguien extraordinario.

La respuesta del Sanedrín es inhumana. Se tapan los oídos. Esteban los había acusado de incircuncisos de oídos y ellos cumplen la acusación en el mismo acto de rechazarla. Lo arrastran fuera de la ciudad y lo apedrean. En ese momento Lucas introduce un detalle que parece menor pero que cambiará la historia del mundo: los testigos dejaron su ropa a los pies de un joven llamado Saulo.

El paralelo con Jesús es deliberado. Jesús dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Esteban dice: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Jesús dijo: “Padre, perdónalos”. Esteban dice: “No les tomes en cuenta este pecado”. El Espíritu no hace que Esteban copie las acciones de Jesús. Porque el mismo Espíritu que llenó a Jesús llena a Esteban y produce el mismo fruto: entrega confiada y perdón. La cruz no solo salva, transforma. Y la palabra que Lucas usa para su muerte no es casual: se durmió. Un hombre destrozado a piedras no murió

bañado en sangre, se durmió. Porque su última imagen no fueron las piedras. Fue Jesús. De pie. Esperándolo.

La muerte de Esteban desata una persecución feroz. Saulo la encabeza. Entra casa por casa, arrastra a hombres y mujeres a la cárcel. Los creyentes se dispersan por Judea y Samaria. Pero la dispersión no silencia el evangelio. Lo multiplica.

Los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban.

Hechos 8:4 - NVI.

No son los apóstoles quienes salen. Ellos se quedan en Jerusalén. Son creyentes comunes, sin título ni liderazgos confirmados, los que llevan el mensaje a nuevos territorios. La persecución que pretendía extinguir la llama termina esparciéndola.

Felipe, uno de los siete, llega a Samaria. Predica, sana, libera. La ciudad entera responde con alegría. Incluso Simón, un mago influyente, cree y se bautiza. Pero cuando Pedro y Juan llegan y el Espíritu se manifiesta, Simón ofrece dinero para obtener ese poder. Pedro lo reprende: *“No tienes arte ni parte en este asunto, porque no eres íntegro delante de Dios”* (Hechos 8:21 - NVI). La fe sin transformación interior sigue siendo transaccional.

Pero lo más sorprendente está por venir. En pleno éxito de Samaria, el Espíritu saca a Felipe del escenario. Un ángel le ordena ir al sur, por el camino del desierto que baja de Jerusalén a Gaza. Felipe no es sacado porque fracasó. Es sacado porque funcionó. La tentación es

consolidar lo que ya funciona. Proteger el modelo. Pero el Espíritu no busca consolidación, busca el siguiente paso.

En ese camino desierto viaja un hombre solo en un carruaje. Es el tesorero de Candace, reina de Etiopía. Tiene un rollo de Isaías, un objeto extraordinariamente costoso en el siglo I. Ha viajado a Jerusalén a adorar. Pero hay algo que lo define más que su rango: es eunuco. Y Deuteronomio 23:1 lo excluía explícitamente de la asamblea del pueblo de Dios. Cerca del centro. Nunca completamente adentro.

Está leyendo Isaías 53 en voz alta. No entiende. El Espíritu le dice a Felipe que se acerque al carro. Felipe corre, escucha, y pregunta: “¿Acaso entiende usted lo que está leyendo?” (Hechos 8:30 - NVI). El eunuco responde con honestidad: “¿Y cómo voy a entenderlo —contestó— si nadie me lo explica?” (Hechos 8:31 - NVI). Felipe no comienza con su propio discurso. Comienza desde la pregunta del otro.

A partir de ese pasaje, Felipe le anuncia las buenas nuevas acerca de Jesús. La Escritura como camino, no como destino. Entonces el eunuco ve agua y lanza la pregunta más conmovedora de todo el relato: “Mire usted, aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?”

Hechos 8:36 - NVI.

No pregunta cómo. No pregunta el proceso. Pregunta si hay algo en él que lo descalifique. Algo en su cuerpo, en su historia, que lo saque del mapa de la

gracia. Y Felipe lo hace entrar al agua sin vacilar. Sin consulta. Sin comité. Sin llamada telefónica. El cuerpo que Deuteronomio había excluido, la gracia lo declara bautizable.

Después del bautismo, el Espíritu arrebató a Felipe. El eunuco no vuelve a verlo. Pero sigue su camino lleno de alegría. Solo. Sin comunidad visible. Sin seguimiento. Sin estructura. Lucas cierra el episodio ahí, sin ansiedad pastoral. El gozo es la única evidencia que ofrece, y le parece suficiente.

¿Qué nos revela esta sección? Que la muerte de un testigo fiel no detiene la misión, la multiplica. Que el Espíritu no opera exclusivamente dentro de las estructuras conocidas, sino que empuja hacia los bordes, hacia las personas que la religión institucional dejó fuera. ¿Estamos dispuestos a seguir al Espíritu cuando nos saca de la comodidad de lo que ya funciona?

1. La presión no crea carácter, lo revela. Si hoy llegara la peor presión que puedo imaginar, ¿qué saldría de mí? ¿Visión, confesión y perdón, o resentimiento, silencio y autodefensa?

2. Esteban no guardó silencio ante el tribunal que lo condenaba. ¿Hay un punto en mi vida donde el silencio prudente ya se convirtió en cobardía espiritual?

3. Felipe fue sacado de Samaria en pleno éxito para ir a un camino desierto. ¿Qué “Samaria exitosa” estoy abrazando más de la cuenta, resistiendo la dirección del Espíritu hacia algo nuevo?

4. El eunuco preguntó si había algo en él que lo descalificara de la gracia. ¿Hay personas en mi entorno, en mi comunidad, que sienten que algo en ellos no califica, y mi respuesta las confirma en esa exclusión?

5. La plenitud del Espíritu en Esteban no fue un evento de crisis, sino el resultado de una formación diaria. ¿Estoy siendo lleno hoy, o estoy esperando la emergencia para buscar lo que debería estar cultivando?

Conclusión

Hechos 7:51-8:40 narra el momento más oscuro y, al mismo tiempo, más luminoso de la Iglesia naciente. Un hombre lleno del Espíritu muere apedreado y lo que sale de él bajo la presión máxima es el carácter de Cristo: visión para ver al Señor, confesión para nombrarlo, perdón para soltar lo que la carne quiere retener.

La persecución que sigue a su muerte dispersa a los creyentes, pero cada creyente disperso se convierte en un predicador. El evangelio sale de Jerusalén no por un plan estratégico, sino por una expulsión violenta que el Espíritu transforma en misión. Felipe llega a Samaria y luego es enviado a un camino desierto donde un hombre excluido por la ley descubre que la gracia no tiene las mismas fronteras que la religión.

La narración es clara: de la muerte de Esteban en Jerusalén al bautismo del eunuco en el desierto, el Espíritu va abriendo el mapa. Cada puerta que el poder religioso cierra, la gracia la abre en otro lugar.

Lo que viene será aún más sorprendente. Aquel joven llamado Saulo, que cuidaba las ropas de los que apedreaban a Esteban, pronto tendrá su propio encuentro con el Cristo resucitado. La oración de Esteban, “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”, quizás fue escuchada de maneras que él nunca imaginó.

La historia no ha terminado. El mismo Espíritu que llenó a Esteban frente a las piedras y que envió a Felipe al desierto sigue obrando. Y la pregunta ya no es si la Iglesia sobrevivirá a la presión. La pregunta es si estamos dispuestos a sangrar para que el evangelio siga avanzando.





piebs